

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

La vida política

Muy pronto va á reanudar el Parlamento sus sesiones; los políticos de profesión lo desean para mantener en la proporción que se pueda el fuego de la oposición; y decimos en la proporción que se pueda porque los jefes de los grupos de la oligarquía dominante parecen dispuestos á recomendar á sus adeptos la mayor benevolencia para el Gobierno con motivo de la guerra. La guerra como todos los males, aun el más grande, tiene también sus beneficios. El señor Dato los está experimentando como gobernante; la oposición ha cesado y no tiene otra obligación para mantenerse en el poder, prestigiosamente más que la precisa de no hacer nada. Es esto un fácil papel de gobernante que cumpliría con el mismo acierto cualquier otro político aun de menos talla que el señor Dato.

El señor Dato cuando esto termine podrá contestar como Sí, es á los que le preguntaban qué había hecho durante el Terror.—He vivido,—y aun podía añadir,—tranquilo en el poder.

No negamos que por esto carezca de disgustos y sinsabores el actual presidente del Consejo; en las actuales circunstancias los asuntos internacionales son de tal naturaleza que no dejan vivir en paz ni á los gobiernos de las potencias más neutrales. Suponemos que se recibirán notas sobre delicadas materias relacionadas con la guerra; suponemos que no faltarán reclamaciones y consultas de carácter más ó menos grave; pero no pretendemos conocer nada de esto; los asuntos diplomáticos son siempre reservados y más en los momentos actuales. Los ministros suelen sufrir disgustos que no llegan jamás á hacerse públicos porque los asuntos se arreglan al fin satisfactoriamente; de éstos no faltarán ahora. Quizá la intervención de Portugal en el conflicto europeo sea en estos momentos un motivo de justificada preocupación para el ministro de Estado y para el Gobierno todo. Es un incidente de consecuencias; sin duda ese pueblo hermano nuestro cumple alguna obligación contraída solemnemente con otra potencia. ¿Conocerá nuestro Gobierno toda la extensión del compromiso?

La apertura del Parlamento servirá para que se expongan juicios sobre la actitud de España frente á los beligerantes, que pueden dar mucho que hacer á las cancillerías europeas. No es lo mismo la opinión de un periódico que la de los representantes del país, cualquier imprudencia de lenguaje de éstos motivará recelos contra España de la nación que se crea agraviada, y todo ello puede influir mucho en nuestra situación futura. En nuestro concepto debe limitarse la labor de las Cortes á la aprobación de un presupuesto, en el que se comprendan necesariamente los proyectos que la Junta de Iniciativa crea necesarios para el mejoramiento de nuestra situación económica. El problema que hay que estudiar en el Parlamento es el de nuestras subsistencias, el de nuestro comercio y el de nuestra industria enfrente de la guerra y ante las consecuencias de la misma. Para esto es para lo que pueden tener una gran utilidad las sesiones de las Cortes, tanta como peligro hay en los debates políticos que puedan promoverse.

Y á este efecto, no podemos menos de pensar con pena que si no hubieran estado reunidas las Cortes durante nuestra guerra con los norteamericanos, es seguro que todavía tendríamos escuadra. ¿Recuerdan los lectores lo que pasó?

El señor Romero Robledo, que era uno de esos políticos que creen que los ministros están en el banco azul para el sólo efecto de que las oposiciones les ataquen; el señor Romero Robledo, que entendía que un diputado de oposición tenía la obligación de combatir al gobierno por todo lo que hiciese y por todo lo que dejase de hacer, pronuncia un violentísimo discurso porque nuestra escuadra permanecía encerrada en Santiago de Cuba. Los que asistieron á aquella sesión no habrán olvidado todavía la impresión y el efecto que causaron las palabras del señor Romero Robledo; la opinión de la Cámara le seguía; aquellos marinos que estaban encerrados con sus buques en un puerto, debían salir á pelear con la escuadra norteamericana; allí guardados no prestaban ningún servicio, debían lanzarse á alta mar inmediatamente.

El gobierno tuvo la debilidad de oír los requerimientos de un diputado que no era militar ni marino ni tenía autoridad ninguna para indicar donde debían estar nuestros buques, y contra la voluntad de los técnicos, contra la opinión de los hombres de ciencia obligó á la escuadra á salir de Santiago para que fuera destruida en horas por los poderosos y superiores buques del enemigo. Jamás se ha impuesto sacrificio más inútil á nuestra fuerza armada! Jamás se ha intentado locura semejante á la que aquel gobierno realizó! Jamás la disciplina ha obligado á militares á mayor abnegación ni á más estéril derramamiento de sangre! España se quedó sin barcos, los marinos sin vida,

heridos ó prisioneros y el autor del discurso y los que le hicieron caso continuaron tranquilos formando la oligarquía gobernante. ¡Bien se conoce que en Alemania no hay diputado á quien se le ocurra que la escuadra saiga del canal de Kiel! ¡Bien se conoce que allí el Parlamento no interviene en las operaciones militares de la guerra!

Los que tenemos vivos estos recuerdos no podemos menos de temer que en el Congreso y en las actuales circunstancias se produzcan sucesos que pongan en peligro nuestra neutralidad ó que nos atraigan por lo menos la antipatía de algunos ó de todos los beligerantes. La retórica es en España causante de muchos males y las lecciones del pasado debieran servirnos para no caer en lo porvenir en los mismos defectos.

Será deplorable que se trasladen al Parlamento las discusiones que en la prensa y en los círculos sociales leemos y oímos á diario. Los hechos de la guerra se juzgan con pasión enorme; no se guarda la imparcialidad debida en los juicios y esto puede causarnos algún tropiezo si se refleja en las discusiones parlamentarias.

Suponemos, pasando á otro punto, que la discusión de los presupuestos no tendrá por fin, como de costumbre, el aumento de los gastos públicos; suponemos que se harán las economías debidas y que se habrá prescindido de proyectos como aquel del Ministerio del Trabajo que no tenía más fin que el de colocar á algunos amigos á título de especialistas en la materia y el que el propósito de alargar á las clases obreras que constituyen el partido socialista.

Es de creer que el señor Dato haya renunciado ya al papel que se había adjudicado en la política española de especialista en cuestiones sociales y de intervencionista por autonomía. La guerra actual ha modificado esencialmente el concepto general del Estado y las doctrinas referentes á las llamadas reivindicaciones de las clases trabajadoras. Por el camino que vamos ya no habrá en el mundo más seguros que para los accidentes y muerte en la guerra, ni más ahorro que el necesario para comprar fusiles.

Este resurgimiento de la fuerza imponiéndose á todo derecho, no sólo va á modificar el mapa de Europa, si no la conciencia y moral de la humanidad, lo cual es bastante más grave que la alteración de la geografía política.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Cotidianas

¿Os ha tocado alguna vez gozar la inefable dicha de ir en un tranvía, principalmente si, como yo, acostumbrais á ir en la plataforma, y tener al lado á uno de esos sujetos flarmónicos que en todas partes quieren hacer gala de su voz y de su estilo de canto y hasta de su deliciosa manera de silbar? No me extrañaría, porque esos individuos flarmónicos son género que abunda muchísimo, que abunda tanto que constituye una verdadera plaga. El arte no morirá, porque de que no muera, por lo menos en los tranvías, se encargan esos individuos que nos deleitan los oídos con un artístico rumor de moscardón, produciendo en nuestros nervios una sensación deliciosa y metiéndonos en ganas de aplicarles en cualquier parte las puntas de nuestros zapatos.

Yo creo que lo hacen para ver si topan con un empresario que se enamore de su arte, y sobre todo de su educación, y les contrate. El medio es eficaz. Confieso que si yo fuese empresario, les contrataría inmediatamente... para hacer pantomima, á ver si se callaban de una vez.

Son muy simpáticos esos artistas que nos regalan los oídos con sus canturreos. Los hay de todas las clases sociales: señoritos, artesanos, obreros. Hasta los conductores suelen contagiarse frecuentemente. Su auditorio les lanza miradas fulminantes, que ellos toman por demostraciones de admiración sincerísima... y siguen moscardoneando. ¿Para qué ir al Liceo? ¿Hay en algún sitio música más expresiva, más deliciosa, más bella, más sublime, más armoniosa que la de mis admirados transeuntes tranvíaños? ¡Ríase ustedes de María Barrientos, de Caruso, de Anselmi, de Titta Rufo y de los ciegos callejeros que cantan ante las mesas exteriores de cafés, bars, cervotecías, tabernas y demás establecimientos de vermuth con música celestial.

Mi admiración, y creo que la vuestra, llega á su colmo en los tranvías. Yo, cuando oigo la vaga y misteriosa armonía de los cantantes tranvíaños, no puedo menos de exclamar, interiormente:

—¡Qué arte! ¡Qué voz! ¡Qué manera de silbar! ¡Qué notas tan hermosas! ¡Qué... mala educación la que tiene este prójimo!

CAROLÍN

MIRANDO HACIA ADETRÁS

El ideal nacional

Una de las cosas que con más evidencia se han demostrado al estallar la guerra europea ha sido la carencia en que está España de un ideal nacional. Y la prueba de ello ha consistido especialmente en el voto de la nación, formidable, unánime y espontáneo, en favor de la neutralidad, un voto que parece paradójico, pues no sabemos que haya país neutral en el mundo que siga con tanta emoción las peripecias de la lucha ni en el cual se haya dividido la opinión tan profundamente en

favor de unos ú otros beligerantes. ¿Es porque consideramos esta guerra como un espectáculo sangriento y terrible y excita nuestros nervios de la misma manera que la lucha entre el toro y el torero ó como excitaban los doctos romanos los combates entre gladiadores, ó es que en nuestra conciencia, que en muchos puede ser subconsciente, percibimos la existencia de un peligro como consecuencia de esta colosal conflagración?

Realmente, entrometernos por propia voluntad en un conflicto tan espantoso, cuya solución nadie ve clara, sin más ambición ni esperanza ni ideal que conservar lo que nos queda—no sabiendo qué es peor para el caso si mezclarnos en la contienda ó mantenernos lejos de ella—ó adquirir algunos kilómetros cuadrados de Guinea—cuando casi hemos renunciado á los que tenemos por ocupar á las puertas de casa—ó con el ideal sentimentalista y en cierto modo puramente metafísico de apoyar esta ó aquella civilización, ir en contra ó en favor del llamado militarismo y luchar por imaginarios intereses de un imaginario parentesco étnico,—cuando estos parentescos y aquellos militarismos y esas civilizaciones se combaten ó se abrazan por unos y otros combatientes, que sólo por sus intereses miran,—hubiera constituido el más grande de nuestros quijotismos, el más irremediable quizá de nuestros ciegos desplantes.

Todos los pueblos que están ahora en guerra luchan por un ideal propio, por un ideal nacional, movidos por el interés, por el odio, por una necesidad vital ó tal vez por algún compromiso de esos que ninguna nación puede honradamente dejar de cumplir aunque le vaya en ello la vida. ¿Existe para nosotros algo de eso en la ocasión presente que nos impulse á salir de nuestra neutralidad? Italia, con ser Italia, con tener un ideal nacional y de verdadera raza; con tener un ejército y una armada tan poderosos; con tener amenazado el *status quo* Mediterráneo y el equilibrio en el Adriático; con tener compromisos contraídos, aunque no la obliguen por ahora, mantiene exculpablemente su neutralidad. ¿Qué razones hubiéramos podido aducir nosotros para no observarla? Es—se nos dice—que los que no hayan tomado parte en la lucha no la tomarán en el reparto. ¿Reparto? ¿Y de qué? ¿Quién será el que reparta? ¿Acaso está tan claro quien vencerá á quien ni cómo vencerá ni hasta qué punto serán repartibles los despojos?

Bastante tienen que agradecer unos y otros beligerantes á nuestra neutralidad para que ésta, quizá más que nuestra entrada en el conflicto, nos sea estimada. ¿Están seguros, los que nos incitan á ello, que el quebrantamiento de nuestra neutralidad no hubiera sido la señal para que saliera Italia de la suya? En el problema del Mediterráneo figuramos todavía por nuestra magnífica posición geográfica y nuestras plazas militares, ya que apenas figuremos en él por nuestro incipiente poder naval. Esto sin contar con que España, tal como están las cosas, una vez decidida, podría ser de un gran peso en el conflicto; podría, desde enviar cien ó doscientos mil hombres al campo de operaciones anglo-francés, hasta atacar por tierra el Mediodía de Francia y poner en un aprieto la base naval de Gibraltar. Cuando se reúnan las conferencias para la paz pueden pesar mucho estas razones, tanto como nuestros recursos enteramente intactos, si hay en la dirección de nuestros negocios un hombre que sepa hacerlos valer.

Pero, ante conflictos como el presente se demuestra cuán equivocados han sido los políticos, pensadores y demás directores de la opinión, al pensar que puede existir verdadera política y aun verdadera independencia nacional ni verdadera reconstitución interior ni avance alguno efectivo sin la levadura de un alto interés ó ideal nacional. ¿Puede vivir un pueblo, sino en la ignorancia, sin un ideal de fuerza y poder? ¿Cómo se hará respetar? Comprendemos que Portugal, Bélgica, Suiza, Holanda, Dinamarca se contenten con ser lo que son y á lo más se esfuercen en conservar la integridad de su territorio y sus colonias más ó menos á precario y siempre á merced de vecinos demasiado poderosos.

Lo comprendemos por su pequeñez, por la falta de expansión posible de esos pueblos. Pero que una nación como España, una de las que más ha influido y puede todavía influir en los destinos del mundo, una nación de más de veinte millones de habitantes, cuya raza y cuya lengua se ha extendido por toda la tierra, y cuya situación geográfica es tan envidiable en el Mediterráneo y en el Atlántico, una nación así no puede carecer de un ideal nacional y un ideal de poder. Lo contrario significa la amputación y la muerte.

El actual conflicto europeo encierra para nosotros grandes y terribles enseñanzas. Aun cuando el pueblo no las aproveche ahora, es necesario que sus directores saquen de ella las deducciones necesarias é infundan en este pueblo un ideal en el cual halle fortaleza y bríos para salir de su sopor, para que comprenda que así como los individuos tenemos una misión que cumplir sobre la tierra, la tierra también, y con más razón, las naciones. La visión de Bélgica, hace dos meses

rica, feliz, entregada á la paz y al trabajo, pero pequeña y aunque heroica, débil, y hoy arrasada, devastada, esclavizada, no obstante contar con el apoyo de la poderosa Inglaterra, debiera estar siempre presente á nuestros ojos.

ANGEL RUIZ Y PABLO

DE SOCIEDAD

Se ha señalado para el día 11 del próximo noviembre la boda de la gentilísima señorita doña Pilar de Andrade y Despujol con don Joaquín de Sarriera y de Milans, conde de Solterra.

Será ésta la tercera vez que en el transcurso de cuatro generaciones, vuelven á emparentarse las ramas de las familias de Sarriera y Despujol.

Se celebrará la boda á la usanza de Castilla, con testigos y padrinos, teniendo aquélla lugar en la hermosa finca que posee la novia en La Beguda, del término de Martorell.

Actuarán de padrinos por parte de ella su primo hermano el marqués de Palmerola, y por parte de él, su hermana la señora doña Milagros de Sarriera de Ponsich.

Serán los testigos de la novia el marqués de Oliver, el marqués de Santa Coloma y el marqués de Alfarrás, siéndolo del novio, el marqués de Mariano, el marqués de la Manresana y don José María de Ponsich.

Como quiera que la malograda señora Juana Clotilde de Sarriera y Roger, única nieta del difunto conde de Solterra, murió sin dejar sucesión, aun cuando el título pasó en derecho á su tío carnal el actual conde de Solterra, no ocurrió así con las joyas y otros efectos hereditarios de la casa, que pasaron á plena pertenencia del abuelo de la finada, quien fallecido poco tiempo después, hizo donación de ellas á sus nietas las hijas del marqués de Santa Isabel, pasando las restantes á posesión de la marquesa viuda de Moya.

Pero teniendo en cuenta la circunstancia de la boda del actual conde de Solterra, que es, en mayor derecho, el heredero y continuador directo de la linajada casa de Sarriera, así el marqués de Santa Isabel como la marquesa viuda de Moya han hecho voluntariamente donación de sus pertenencias, á fin de reunir nuevamente en los futuros condes de Solterra los recuerdos hereditarios de la casa.

Capítulo de noticias

—Ha marchado á Caspe don Luis Girona.
—Ha sido pedida la mano de la bellissima señorita Joaquina Pons para don Francisco Bertrán y Musitu. La boda tendrá lugar en la próxima primavera.

—Hacia Madrid marchó don Isidoro Pons.
—En Sevilla ha sido pedida la mano de la hija mayor de la marquesa viuda del Nerpio para su primo el conde del Fresno, hijo de la marquesa de Benamejías.

—En el Palace Hotel de Madrid se han inaugurado nuevamente los elegantes tes de invierno, seguidos de baile. Asiste á ellos numerosa y distinguida concurrencia.

—Marchó á la corte don Honorio Maura, hijo del ex presidente del Consejo, quien ha permanecido unos días en Barcelona.

—Regresaron de Aragón los condes de Centellas.

Boy.

ESPIGANDO

El comercio alemán y la guerra

En 1913 la exportación de Alemania representó un valor de más de 12 mil millones. Exportó casi 1.800 millones á Inglaterra, 1.100 á Rusia, 987 á Francia, más de 660 á Bélgica y más de 500 á las grandes colonias británicas. En cuanto á las importaciones se elevaron el mismo año á 13 mil millones. Alemania compró mercaderías por valor de 2.138 millones á los Estados Unidos, por 1.771 millones á Rusia, por 2.250 millones á Inglaterra y sus principales colonias. Resulta, pues, que dos quintas partes del comercio alemán de exportación y más de un tercio del de importación corresponden á los Estados con los cuales está hoy en guerra. Bastan estas cifras para dar una idea de la enormidad de los intereses lesionados y de la crisis económica provocada por el inhumano conflicto actual.

Actualidades varias

En Inglaterra cerca de 15.000 carteros están ahora bajo las banderas; en una ciudad de Escocia se alistaron todos, ocasionando la suspensión temporal del servicio.

En tiempo de las guerras napoleónicas las bayonetas eran 30 centímetros más largas que las actuales.

Las lanzas usadas por la caballería belga son de bambú y parece que responden á su objeto mejor que ninguna otra.

En el momento de la declaración de guerra, Alemania tenía en el mar 635 buques mercantes, estimados en 5.000 millones de francos; de éstos, cerca de 200, por valor de 1.500 millones, han sido ya capturados.

La encina de la paz

En Jena, Prusia, fué plantada en 1816 una encina para conmemorar la caída de Napoleón, la cual recibió el nombre de «Encina de la paz». Por una extraña coincidencia, aquella encina fué destruida por un rayo, el mismo día en que se recibió en Belgrado la declaración de guerra de Austria.

JOB